

do de oro macizo, sumamente brillante por lo esquisito de las piedras preciosas.

17. Entretanto las cartas del concilio que el defensor Constantino tenia el encargo de presentar al Emperador, fueron interceptadas como las precedentes; y á este nuevo portador le encerraron injuriosamente del mismo modo que á Jorge en una estrecha cárcel, de la que logró librarse con dificultad al cabo de un año. Dirigieron todos los estados de Italia reunidos sobre el mismo objeto una representacion al Príncipe herege, quien no miró con mas aprecio esta diputacion tan respetable. Rehusando en fin el Pontífice omitir cosa alguna en un negocio de tanta importancia, escribió tambien á Leon y al patriarca Anastasio: aunque todas sus tentativas fueron inútiles. Atendiendo Leon tan solo á su ciega desesperacion, armó una escuadra numerosa, y la envió á toda prisa contra la Italia. Estos pueblos muy poderosos cuando estaban unidos, pero mal preparados y menos conformes, debian temer las resultas de este armamento tan formidable. La consternacion se esparció en todas las provincias; mas el Señor impeliendo los vientos, hizo que una tempestad estrellase las naves unas con otras: de este modo sin el auxilio de los hombres acabaron los elementos con los esfuerzos de la impiedad. Obcecado Leon, meditó una venganza mas secreta, pero no menos opresiva: aumentó un tercio el tributo personal de Calabria y de Sicilia, á donde podian todavía llegar sus tropas, y mandó formar un registro de todos los

varones que naciesen. Confiscó en sus dominios los patrimonios de San Pedro de Roma que ascendian á la suma de doscientas veinticuatro mil libras. Perseguió en oriente á los ortodoxos con tantos ardides como violencia, atormentándolos indignamente, pero sin despojarles de la vida, temiendo que se les honrase como á mártires. No dejó sin embargo de mandar que hiciesen perecer á muchos, cuyos nombres han conservado los griegos en largos catálogos. Es difícil distinguir bajo de qué tirano sufrieron respectivamente el martirio. Como han sido muchos los Emperadores iconoclastas, han confundido con frecuencia los martirologios los distintos perseguidores, y en particular á Leon Isáurico le confunden con Leon el Armenio.

18. A los esfuerzos que hizo en oriente el primero de estos Emperadores iconoclastas, opuso el Señor un doctor ilustre, que fue mucho mas útil á la Religion, por cuanto no vivia bajo el dominio romano. Nació en Damasco de padres cristianos, y se llamó Juan (1). Su padre, no menos distinguido por sus virtudes que por su nobleza y opulencia, le impuso en el conocimiento de todas las ciencias profanas y sagradas. Renunció Juan despues la herencia paterna, y abrazó la vida solitaria en el monasterio de San Sabas cerca de Jerusalem. Se le dió el sobrenombre de Mausur, es decir, rescatado, y el de Chrisorroas ó rio de oro, del nombre de uno de los dos rios que pasaban por Damasco. Llamáronle

(1) *Bolland. ad diem 5. Maji.*

los griegos así por su elocuencia; pero entre los latinos es mas conocido con el nombre de San Juan Damasceno.

Brillan principalmente entre sus diferentes obras tres discursos que escribió contra los iconoclastas. Dió á luz el primero luego que supo el decreto del Emperador Leon contra las santas imágenes. Lleno del espíritu de recogimiento y de humildad, á que se habia dedicado, dice: „yo deberia guardar un profundo silencio, y contentarme con confesar á Dios mis iniquidades; mas viendo agitada por la borrasca mas deshecha la piedra sobre que está fundada la Iglesia, no juzgo deber callar, ni disimular la falta de valor con el velo de la obscuridad y retiro. Temo mas á Dios que al Emperador, y supuesto que la autoridad del Príncipe es de tanto peso para los vasallos que no osan quebrantar las órdenes mas injustas, procuremos persuadirlos de que los Reyes de la tierra están sujetos al Rey del cielo, y que deben ser los primeros en obedecer sus leyes.” Establece despues de este preámbulo por fundamento de toda su instruccion, que la Iglesia no puede errar, y que no es posible sospechar de ella un abuso tan odioso como la idolatría.

„Sé muy bien, sigue, que aquel que no puede engañarnos ha dicho: *no hareis imágenes de lo que hay en el cielo ó en la tierra.* Mas él mismo explica estas palabras, añadiendo: *no sea que mirando estos objetos os dejéis seducir, y les sirvais y adoreis.* Así yo no adoro mas que á un solo Dios: no ado-

ro de modo alguno á la criatura, á la que solo tributo la veneracion que le pertenece. El culto se da de dos maneras: uno es el que rendimos á Dios, y otro el que tributamos á sus siervos y á sus amigos. ¿Por ventura el Legislador supremo seria el único que nos mandase cosas contrarias? Si prohíbe absolutamente toda imagen, ¿por qué prescribió cubrir de querubines el propiciatorio? El arca del testamento, la urna sagrada, el tabernáculo entero, ¿no eran obras materiales y hechas de mano de los hombres? En fin, el madero de la cruz, la piedra del santo sepulcro, origen de nuestra resurreccion y de una vida sin fin, el cuerpo mismo y la sangre del Señor, ¿no son cosas materiales? Prohibid, pues, el culto y la veneracion de todos estos objetos sagrados, ó confesad que podemos reverenciar las imágenes del Hombre-Dios y las de sus amigos. Prohibid tambien las fiestas instituidas en honor de los Santos, ó admitid sus imágenes: mas no podeis suprimir estas fiestas fundadas por los Apóstoles y por los padres. La ropa, el ceñidor, la sombra sola de estos amigos de Dios curaba los enfermos y lanzaba los demonios. ¿Pues por qué nos han de ser funestas sus imágenes? Ó negad la veneracion á todo lo material, ó no admitais innovaciones caprichosas en los usos que establecieron nuestros padres. Entre tantos concilios como se han celebrado, ¿por qué ninguno de ellos ha condenado el culto que acostumbramos desde la mas remota antigüedad? No debe prestarse obediencia al Emperador cuando ordena trastornar la Iglesia, Jesucristo confirió á los Apóstoles y á sus

sucesores, y no á los Príncipes, el poder de atar y desatar. Ha puesto en la casa de Dios, dice San Pablo, Apóstoles, Profetas, Pastores y Doctores, mas no dice Emperadores. Los ministros del santuario, y no los Príncipes del siglo, son los que nos han hablado de parte de Dios. Pertenece el gobierno político á la potestad imperial, y el gobierno de la Iglesia al clero. Saúl rasgó el manto de Samuel, y perdió su corona: Jezabel persiguió á Elías, y fue devorada por los perros: Herodes mandó cortar la cabeza á Juan Bautista, y espiró roido de gusanos. Señor, añade hablando con el Emperador, nosotros os obedecemos en todo lo que pertenece á la vida civil, como en los tributos y los impuestos. No prestamos oídos á otra voz que á la de los pastores en materias eclesiásticas." Muestra este último trozo que los cristianos de levante, aunque sujetos á los infieles, miraban á los Emperadores de Constantinopla como á sus legítimos Soberanos.

Insiste con fuerza San Juan Damasceno al fin del primer discurso y en los dos siguientes en la autoridad de la tradicion. Cita con este motivo la epístola segunda de San Pablo á los tesalonicenses, y el tratado de San Basilio sobre el Espíritu Santo. Copia luego muchos pasages del mismo San Basilio, de San Dionisio, de San Gregorio Niseno, de San Juan Crisóstomo, de San Ambrosio, de San Máximo, de San Anastasio de Antioquia, de Leon, obispo de Nápoles en Chipre, que autorizan á las claras el culto de las imágenes. Refuta la objecion tomada de San

Epifanio hablando de este último padre, de quien decian que rasgó una cortina en que estaba pintada una imágen. Suponiendo San Juan Damasceno el hecho, dice, que San Epifanio pudo egecutarlo para corregir algun abuso, así como San Atanasio mandó enterrar las reliquias de los Santos para impedir las supersticiones egipcias con respecto á los cadáveres de sus parientes: mas que el santo obispo de Salamina no intentó de modo alguno prohibir ó desterrar las santas imágenes, como lo comprueba, dice, su Iglesia que está llena de ellas. „¿Y quién podrá ser, añade, mejor intérprete de San Epifanio, que el digno heredero de su espíritu y de sus virtudes, esto es, Leon que ha predicado en la misma isla de Chipre?"

19. Corrieron de mano en mano entre los fieles las cartas de San Juan Damasceno, y fortalecieron á muchos de ellos en la doctrina y en las observancias católicas (1). Afirman que el Emperador Leon concibió tal odio contra él, que no pudiendo satisfacerle á viva fuerza, y empleando las obscuras maniobras de los mas viles falsarios, le acusó de delitos de estado ante el califa, el cual honraba al santo doctor con su aprecio y confianza. Que el Príncipe infiel en el primer ímpetu de su cólera mandó que le cortasen la mano derecha; y que tornó á recobrarla en la noche siguiente por efecto de un milagro que desengañó al mahometano y cubrió al Emperador con el oprobio de una crueldad inútil. Cualquiera que sea la verdad de esta acusacion, es constante que Leon

(1) *Ch. lib. 15. hist. ecles. cap. 3.*

despreció la doctrina de San Juan Damasceno, en un todo conforme á la de la Iglesia.

20. Pero mientras la fe estaba espuesta á tales riesgos en oriente, hacia en la Germania los mayores progresos por el ministerio de San Bonifacio. Habíase extendido su reputacion por toda Europa: todos hablaban con admiracion de este hombre apostólico, y llegaban sin cesar muchos operarios ilustres, particularmente de las islas británicas, á fin de entrar á la parte en la gloria y trabajos de su apostolado. Dispersáronse muy lejos, los unos en el pais de Hesse, los otros en la Turingia y en las regiones limítrofes, en las ciudades, en las aldeas, en las poblaciones mas pequeñas, y hasta en la obscuridad de los bosques que daban asilo á las familias aisladas de los salvages. Presto fue necesario levantar nuevas iglesias para recibir á los cristianos, cuyo número crecia de dia en dia. Atribúyense á este tiempo las fundaciones de los monasterios de Frissar y de Hamanabourg. Por lo regular se erigia junto á cada iglesia un monasterio numeroso, en el que, sin embargo de los trabajos de la mision, se observaba la regla del recogimiento y silencio con la mayor exactitud. Cuentan del primer abad de Frissar, San Vigherto, quien pasó desde Inglaterra siendo ya sacerdote, que cuando le llamaban para confesar alguna persona, guardaba en el camino un religioso silencio, ó hablaba solamente de cosas piadosas.

21 y 22. Escribió San Bonifacio al Papa Gregorio III luego que le exaltaron á la cátedra de San

Pedro, tanto para asegurarle de su obediencia, quanto para recibir los consejos apostólicos, los que se propuso observar como regla principal de su conducta. Concedióle entonces la santa Sede el honor del palio, con el título de arzobispo. Remitióle el Pontífice reliquias y otros presentes con una carta en que le hablaba de establecer, segun los cánones y con la autoridad de la santa Sede, nuevos obispos en aquellos lugares donde los fieles se aumentaban tan felizmente (1). Quiere no obstante que concurren á estas ordenaciones dos ó tres obispos, y que se proceda en todo con arreglo á la prudencia para no vilipendiar al obispado. En quanto á los matrimonios encargó que se observasen los grados de parentesco hasta la séptima generacion; y sobre la penitencia de los parricidas, que se les privase por toda la vida del uso de la carne y del vino: que se les hiciese ayunar los lunes, los miércoles y los viernes de cada semana; y que no se les diese la comunión hasta la muerte en forma de viático. No aprobaba la Iglesia las cuartas nupcias, aunque tampoco las condenaba absolutamente; por lo que encarga á los misioneros que inviten y persuadan á los nuevos cristianos á no casarse mas de dos veces. A fin de suavizar su barbarie, la que se oponia igualmente á la gloria y á los progresos del Evangelio, se les exhorta á olvidar en quanto fuese posible, la costumbre que tenian de comer carne de caballo.

Parece que los impedimentos del matrimonio no

(1) *Tom. 6. Concilior. pag. 1463. Epist. 1.*

eran en un todo uniformes ni constantes. Escribiendo Bonifacio á Northelmo , arzobispo de Cartorberi, le pidió que le enviase copia de las cuestiones del obispo San Agustin , y de las respuestas de San Gregorio el grande , en las que , entre otros artículos, dice que se permite á los fieles casarse á la tercera generacion. „Mas examinad detenidamente, añade, si este escrito es con certeza de San Gregorio; porque despues de las diligencias que de mi orden se han practicado en los archivos de la iglesia romana , me han contestado que no le habian hallado. Os ruego tambien me digais vuestro parecer acerca de un matrimonio contraido entre el padrino de un niño y la madre de este , despues de haber enviudado. Mandan los romanos á los contrayentes que se separen , y afirman que en tiempo de los Emperadores cristianos este matrimonio se hubiera tenido por un crimen capital. No puedo comprender cómo el parentesco espiritual haga el tal matrimonio criminal en ciertos lugares. Os pido , pues, que me comuniquéis lo que hayais observado sobre este punto en los cánones , en los padres y en la Escritura.”

23. Quiso Bonifacio conferenciar con el mismo Pontífice , y viajó por tercera vez á Roma siendo de edad muy avanzada. Acogieronle con toda la distincion que merecian los frutos abundantes de sus trabajos , no solo el Papa y los romanos , sino tambien todos los estrangeros que le honraron á competencia en su tránsito. Vióse apenas llegó rodeado de una multitud de franceses , de alemanes , de ingleses y de

gentes de todos los pueblos. Cuando salió de Roma , le colmó el Pontífice de presentes , dándole cartas de recomendacion para todos los principales prelados de la Germania ; entre quienes se hace mencion de Viñon de Ausbourg , de Luidon de Spira , de Rodúlfo de Costanza , de Vivilon de Passau , y de Adda ó Heddon de Strasburgo. El Pontífice exhortaba á los obispos y abades á que diesen á este varon apostólico dignos operarios que le ayudasen.

24. Llevóse el Santo dos de Roma , á saber , Wilebaldo y Vunebaldo , que eran hermanos , naturales de Inglaterra y parientes suyos (1). Salieron de su pais para trasladarse á Italia por los años de 720 , en compañía de su padre Ricardo que espiró en el camino , y á quien enterraron en Luca en donde le veneran como Santo. Continuaron los dos hermanos , iguales á su padre en virtudes , su peregrinacion al sepulcro de los Santos Apóstoles , desde donde Wilebaldo , que era el mayor , marchó dos años despues á la tierra santa. Permaneció Vunebaldo siete años en Roma para imponerse á fondo en las ciencias eclesiásticas ; y habiendo recibido la tonsura clerical regresó á Inglaterra con el deseo de inducir á su familia á unirse con él en el camino de la perfeccion. Llevóse á su tercer hermano , y en este segundo viaje fue cuando San Bonifacio le persuadió á que corriese á la Germania para tomar parte en sus trabajos. Pasó Vunebaldo á Turingia en compañía de este hermano , cuyo nombre ignoramos , y á quien se reunieron al-

(1) *Act. SS. Bened. tom. 3. pag. 108. et 365.*

gunos otros ingleses, entre quienes se contaba San Sebald, venerado en Nuremberg como apóstol del país. Mucho tiempo después Wilebaldo, que había empleado siete años en su viaje á Palestina, y que consumió diez más en ejercitarse en el monasterio del monte-Casino en la práctica de las virtudes más puras, corrió á unirse por orden del Papa con aquella compañía de apóstoles.

25. Empezó Bonifacio á instancias del duque Odilon el camino para Baviera. La larga mansión que allí hizo más bien puede llamarse una nueva cadena de trabajos y triunfos evangélicos, que un descanso tan conveniente á su avanzada edad. Allí halló una multitud de seductores que sin tener ningún carácter practicaban las funciones del sacerdocio y del obispado, seduciendo á los pueblos con sus artificios, y escandalizándolos todavía más con su conducta licenciosa. Sometió á unos, mandó espulsar á otros, restableció la fe y las costumbres, y para cimentar su obra dividió la Baviera, de acuerdo con el duque, en cuatro diócesis. Además del obispo Vivilon, ordenado por el Papa y cuya silla fue la de Passau Eremberg, sobrino de San Corbiniano, pasó al obispado de Frinsiga, Juan al de Saltzburgo, y Gabaldo al de Ratisbona. Dió San Bonifacio cuenta al Papa Gregorio III de cuanto había practicado, y este Pontífice lo confirmó con sus cartas, exhortando al santo obispo á no cansarse de los viajes penosos y frecuentes que tenía que hacer para dilatar más y más el reino de Jesucristo. „La obra de que estais encarga-

do, le dice, no os consiente estableceros en un lugar; sino que después de haber fortificado los nuevos cristianos en esas regiones occidentales, debéis llevar la luz de la salvación por todas aquellas partes en que el espíritu de tinieblas quiere hallar su refugio. Gracias tributamos á Dios porque habeis convertido en Germania con los auxilios de Carlos, Príncipe de los franceses, hasta cien mil almas. Más como el Señor no pone límites á sus recompensas, tampoco vos debéis ponerlos á vuestras empresas. En cuanto á los sacerdotes sospechosos que decís haber hallado en Baviera, si se ignora por quienes fueron ordenados, ó se duda si lo han sido por obispos, es necesario repetir estas órdenes, suponiendo que sean dignos de ellas por su creencia y sus costumbres (1).”

26. No florecían menos en Inglaterra la fe y la piedad: este pueblo que así en lo bueno como en lo malo raras veces se contenta con la medianía, no tenía entonces otro objeto más digno de sus servicios y obsequios que aquella augusta Silla que le había puesto en el camino de la salvación; llegando á un grado tan asombroso, como lo es en estos últimos tiempos su ingratitude cismática. Estableció Ina, Rey de Ouessex ó de la Inglaterra occidental, en sus estados un dinero de censo sobre cada casa en favor de la Sede apostólica, haciendo en cierto modo su reino tributario de la iglesia romana. El Rey Atulfo acrecentó esta imposición, dándole el nombre de dinero de San Pedro. Para eternizar la memoria de esta

(1) *Gregor. III. Epist. 7. tom. 6. Concillor. pag. 1474.*

generosidad, levantó Ina un magnífico monasterio en Glatamburi en honor de los Apóstoles San Pedro y San Pablo; renunció luego su corona, fue como peregrino á Roma, abrazó la vida monástica, y finalizó poco despues sus dias con gran santidad. Prefirió tambien Cleovulfo, Rey de Nortumberland ó de los ingleses del norte, la humildad de la vida religiosa al poder soberano que cedió á Eadberto.

27. Continuaba el Rey Luitprando ofreciendo en Lombardia el egemplo de las virtudes necesarias á la vida cristiana; mas no profesaba un afecto igualmente desinteresado á la iglesia romana. Estas dos potestades de un órden del todo distinto, no eran menos rivales entre sí. Disminuyéndose por grados el poder imperial en Italia, deseaba el Príncipe lombardo apropiarse sus dominios, y el Pontífice romano pretendia el derecho de eleccion de nuevos Soberanos en defecto de los Emperadores incapaces de defender á unos vasallos tan distantes. Anteponia la dominacion francesa, que era la mas respetable entonces por la conducta enérgica de Carlos Martel, á la de un reyezuelo inquieto, celoso y siempre atento á utilizar todas las ocasiones de engrandecerse á espensas de sus vecinos. Sin declararse contra el imperio, cuya dudosa suerte abandonó á la Providencia, y á quien él mismo habia servido en varias ocasiones, recurrió al Príncipe de los franceses para la defensa de la Iglesia. No podia la necesidad ser mas urgente; y Luitprando, por razones que nunca faltan entre estados vecinos, cuyas pretensiones son tan opuestas, sitió á

Roma, habiéndose apoderado ya de cuatro ciudades de su dependencia.

Envió Gregorio III legados á Carlos con muchos presentes y con las llaves del sepulcro de San Pedro y algunos fragmentos de sus cadenas, á lo que unió unas cartas muy enérgicas (1). „Nos hallamos, dice, abismados en una profunda afliccion por la violencia y avaricia sacrilega de los Reyes lombardos, esto es, de Luitprando y de su sobrino Hildebrando, unido á él en el gobierno durante una enfermedad de la que juzgó iba á morir, y que despues reinó en su compañía. Han arruinado todas las posesiones de San Pedro, y las han despojado de todo hasta del ganado que habia en ellas. Lo poco que nos quedaba del año pasado para el sustento de los pobres y de las iglesias, lo han consumido ó destruido malignamente. Hasta el presente la confianza que hemos puesto en vos, ha sido para nosotros un perjuicio, y para vos un oprobio. No cesan de insultaros diciendo: confiais en los socorros de Carlos; venga, pues, con sus valerosos franceses á libraros de nuestras manos. ¡Qué dolor tan cruel penetra nuestra alma al oír estos baldones, y al acordarnos de unos hijos tan valientes que no hacen esfuerzo alguno para defender á su madre la Iglesia de Dios y á su pueblo escogido! Mi muy querido hijo, aunque el Príncipe de los Apóstoles puede sin necesidad de vuestro brazo libertarse de estos enemigos implacables, quiere no obstante probar la piedad de sus hijos. Para aseguraros del estado de las

(1) *Gregor. III Epist. 5. tom. 6. Concilior. pag. 1472.*